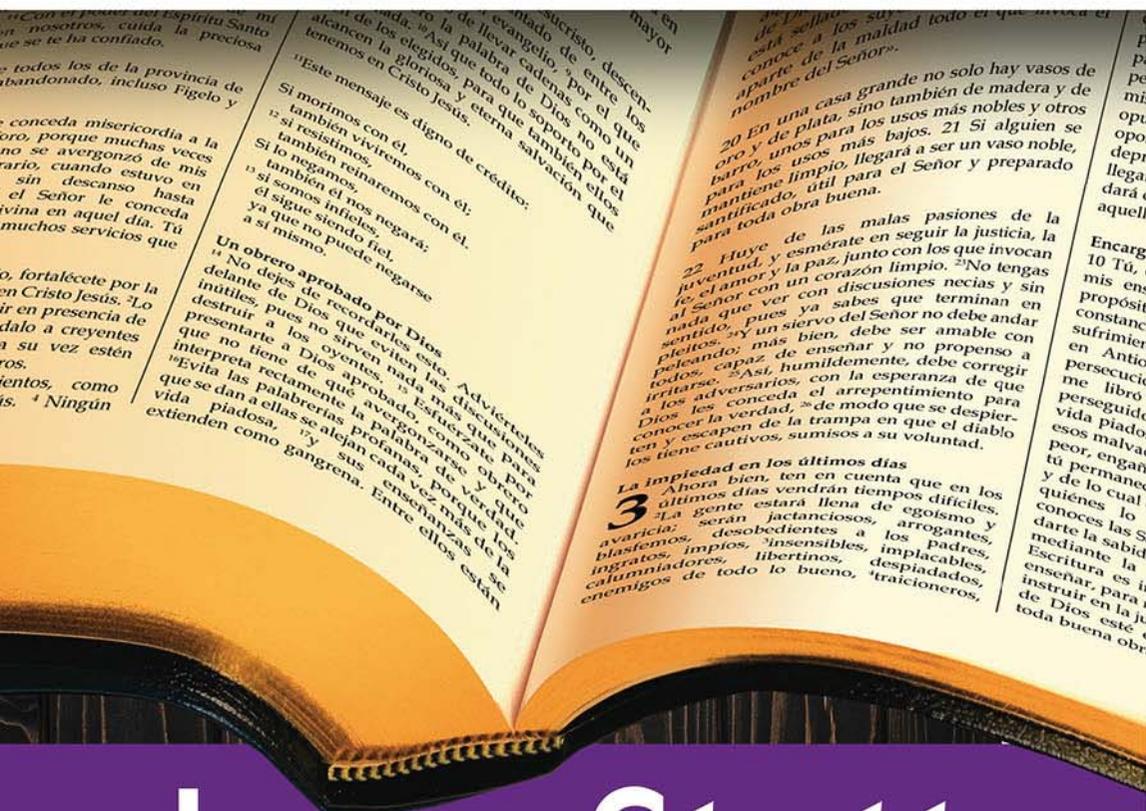


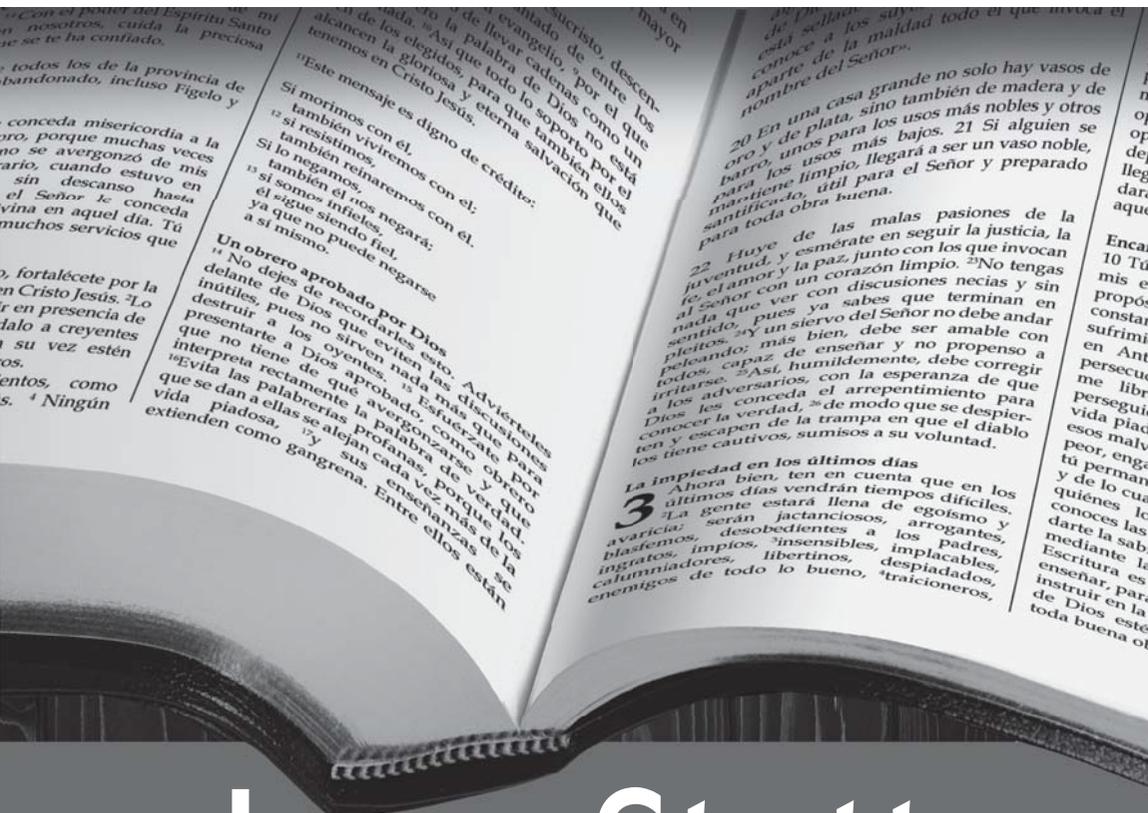
El mensaje de la segunda carta a Timoteo



John Stott



El mensaje de la segunda carta a Timoteo



John Stott

Contenido

Prefacio a la primera edición en inglés	5
Introducción	7
I. El encargo de defender el evangelio	15
1. Pablo, apóstol de Cristo Jesús v. 1	15
2. Timoteo, el hijo querido de Pablo vv. 2–8	17
3. El evangelio de Dios vv. 9–10	25
4. Nuestro deber en relación con el evangelio de Dios vv. 11–18	32
II. El encargo de sufrir por el evangelio	41
1. Transmitiendo la verdad vv. 1–2	41
2. Primera metáfora: el soldado dedicado vv. 3–4	44
3. Segunda metáfora: el atleta que lucha legítimamente v. 5	46
4. Tercera metáfora: el labrador esforzado v. 6	48
5. El camino a la comprensión v. 7	51
6. El sufrimiento como condición para la bendición vv. 8–13	52
7. Cuarta metáfora: el obrero que no tiene de qué avergonzarse vv. 14–19	58
8. Quinta metáfora: el vaso limpio vv. 20–22	63
9. Sexta metáfora: el siervo del señor vv. 23–26	67
III. El encargo de perseverar en el evangelio	73
1. Encarando tiempos difíciles vv. 1–2a	73
2. La descripción de los hombres malos vv. 2–9	76

3. Manteniéndose firme en la fe vv. 10–15	83
4. El origen y propósito de Las Escrituras vv. 15b–17	92
IV. El encargo de predicar el evangelio	97
1. La naturaleza del encargo v. 2	98
2. La base para el encargo vv. 1, 3–8	101
3. Una ilustración del encargo vv. 9–22	108

Prefacio a la primera edición en inglés

Durante cinco años me parece haber estado viviendo dentro de esta segunda carta de Pablo a Timoteo. Con la imaginación me he sentado junto a Timoteo y he procurado yo mismo obedecer este mandato final del envejecido apóstol. También he procurado compartir su mensaje con muchos auditorios: en la Iglesia de All Souls, Langham Place, Londres, en el otoño de 1967; con unos 9000 estudiantes en la gran Conferencia Misionera de Urbana, Estados Unidos, en diciembre de 1967; con aquellos que se reunieron para la Convención de Keswick en 1969; en diversas oportunidades con grupos de pastores en América, Gales, Irlanda, Nueva Zelandia, Australia y Singapur, y también con algunos obispos anglicanos en la Conferencia de Lambeth de 1968. En cada ocasión he quedado nuevamente impresionado con la actualidad de lo que expone el apóstol, especialmente para los líderes cristianos jóvenes. También nuestra era se caracteriza por la confusión teológica y moral, más aún por la apostasía. Y el apóstol nos exhorta, como lo hizo a Timoteo, a ser firmes, fuertes y valientes.

En mi opinión, las palabras que caracterizan a esta carta son los dos monosílabos *su de* (gr.): “pero tú”, que aparecen en cuatro oportunidades. Timoteo es llamado a ser diferente. No debe ceder ante las presiones de la opinión pública ni conformarse al espíritu de su época, sino mantenerse firme en la verdad y la justicia de Dios. A mi juicio, nada es más importante para los cristianos en el mundo y la iglesia de hoy que esta misma actitud.

Expreso mi cálida gratitud a mi secretaria, Frances Whitehead, por su eficiencia e incansable trabajo durante estos años, en

EL MENSAJE DE LA SEGUNDA CARTA A TIMOTEO

particular en la tarea de mecanografiar innumerables manuscritos. ¡Es muy poco probable que ella olvide este escrito, ya que fue causa indirecta de un accidente que incrementó el dolor de un dedo dislocado!

J. R. W. Stott
1972

I

El encargo de defender el evangelio

Antes de llegar al tema principal de este capítulo —el “encargo” a Timoteo de no avergonzarse del evangelio sino de guardarlo celosamente (8–14)—, el apóstol comienza su carta con el acostumbrado saludo personal (1–2) seguido por acción de gracias (3–5) y una exhortación (6–8). En este párrafo inicial nos enfrentamos de una manera muy vívida tanto con Pablo como con Timoteo, con el autor y con el destinatario de la carta. En particular, se nos dice algo acerca de cómo cada uno de ellos había llegado a ser lo que era. Estos versículos arrojan luz sobre la providencia de Dios: cómo Dios transforma a hombres y mujeres hasta lograr su propósito en ellos.

1. Pablo, apóstol de Cristo Jesús | v. 1

^{1.1} Pablo, apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios, según la promesa de vida que tenemos en Cristo Jesús.

Al referirse a sí mismo como “apóstol de Cristo Jesús” Pablo presenta una importante demanda. Se clasifica con los doce a quienes Jesús seleccionó personalmente de entre una numerosa compañía de discípulos. A ellos les dio el título especial de “apóstoles” (Lc 6.13), indicando que era su intención enviarlos en misión para representarlo y enseñar en su nombre. Con el fin de capacitarlos para este rol dispuso “que lo acompañaran” (Mr 3.14). De esta forma tendrían oportunidades excepcionales de oír sus enseñanzas, ver sus obras, y así estar en condiciones de testificar sobre todo lo que habían visto y oído de él (Jn 15.27). También les prometió una inspiración extraordinaria del Espíritu Santo para recordarles lo que les había

enseñado, y guiarlos a las verdades que Él no hubiera llegado a enseñarles (Jn 14.25–26; 16.12–13).

Pablo reclama haber sido agregado en forma postrera a este selecto grupo. Vio al Señor resucitado en el camino a Damasco, lo cual le dio la calificación que todo apóstol necesitaba: ser testigo de la resurrección (Hch 1.21–26; 1Co 9.1; 15.8–9). En realidad, su experiencia en el camino a Damasco fue más que una conversión; ahí recibió su comisión como apóstol. Cristo le dijo: “Me he aparecido a ti con el fin de designarte siervo y testigo de lo que has visto de mí y de lo que te voy a revelar. Te libraré de tu propio pueblo y de los gentiles” (Hch 26.16–17). Las palabras del Señor “te envío” son, en griego, *ego apostelo se*; literalmente “Yo te apostelo”, es decir, yo te establezco como el apóstol de los gentiles (ver Ro 11.13; Gá 1.15–16; 2.9).

Esta comisión jamás sería olvidada por Pablo, quien defendió su misión apostólica y su mensaje contra todos los detractores, insistiendo en que su apostolado vino de Cristo y no de los hombres (Gá 1.1, 11–12). Aun en el momento de escribir, humillado por sus congéneres y a merced de los caprichos del emperador, este prisionero común es un privilegiado apóstol de Cristo Jesús, el Rey de reyes.

Pablo procede a describir su apostolado de dos maneras, recordándole a Timoteo tanto acerca de su origen como de su objetivo.

Su origen fue “la voluntad de Dios”. Utiliza las mismas palabras (*dia telematos teou*) al principio de sus dos cartas a los corintios, como así también en las enviadas desde la cárcel a los efesios y a los colosenses. Más aun, en nueve de sus trece cartas, incluyendo la primera (Gálatas) y la última (esta segunda carta a Timoteo), se refiere ya sea a la “voluntad”, al “llamamiento” o al “mandato” de Dios por el cual había sido constituido apóstol. Desde el principio hasta el fin de su carrera apostólica tuvo la firme convicción de que su designación como apóstol no se originaba ni en la iglesia, ni en un hombre o grupo de hombres. Tampoco se había autodesignado. Por el contrario, su apostolado se originaba en la voluntad eterna y en el llamado histórico del Dios todopoderoso, por medio de Cristo Jesús.

Entiende el objetivo de su apostolado en relación con “la promesa de vida que tenemos en Cristo Jesús”. Vale decir, había sido comisionado como apóstol primero para formular y luego para comunicar el evangelio. Y este consiste en buenas noticias para

pecadores moribundos, a quienes Dios les ha prometido vida en Cristo Jesús. Parece singularmente apropiado que, en el momento en que se enfrenta con la muerte cara a cara, Pablo defina al evangelio como “la promesa de vida”. Esto es en esencia el evangelio. Ofrece vida —vida verdadera, vida eterna— aquí y en el más allá. Pablo declara que esta vida está “en Cristo Jesús”, quien no solo dijo que él era la vida (Jn 14.6), sino que, tal como Pablo lo habría de desarrollar un poco más adelante, “destruyó la muerte y sacó a la luz la vida incorruptible mediante el evangelio” (10).

El evangelio hace algo más que ofrecer vida; en verdad promete vida a todos los que están en Cristo. Declara en forma dogmática que “el que tiene al Hijo, tiene la vida” (1Jn 5.12). En realidad, la Biblia entera bien puede ser descrita como una promesa divina de vida, desde la primera mención del “árbol de la vida” en Génesis 3 hasta el último capítulo del Apocalipsis, donde el pueblo de Dios come del árbol de la vida y bebe del agua de vida gratuitamente. La vida eterna es un don que Dios, “que no miente” (Tit 1.2), prometió desde antes del principio de los siglos, pero ahora ha hecho notorio por la predicación del evangelio (comparar 9–10 con Tit 1.2–3; Ro 1.1–2).

Esta es, pues, la manera en que el apóstol se presenta. Es un apóstol de Cristo Jesús. Su apostolado se originó en la voluntad de Dios y se proyectó en la proclamación del evangelio: “la promesa de vida que tenemos en Cristo Jesús” (1).

2. Timoteo, el hijo querido de Pablo | vv. 2–8

^{1.2-8} ... a mi querido hijo Timoteo: Que Dios el Padre y Cristo Jesús nuestro Señor te concedan gracia, misericordia y paz. Al recordarte de día y de noche en mis oraciones, siempre doy gracias a Dios, a quien sirvo con una conciencia limpia como lo hicieron mis antepasados. Y al acordarme de tus lágrimas, anhelo verte para llenarme de alegría. Traigo a la memoria tu fe sincera, la cual animó primero a tu abuela Loida y a tu madre Eunice, y ahora te anima a ti. De eso estoy convencido. Por eso te recomiendo que avives la llama del don de Dios que recibiste cuando te impuse las manos. Pues Dios no nos ha dado un espíritu de timidez,

sino de poder, de amor y de dominio propio. Así que no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni tampoco de mí, que por su causa soy prisionero. Al contrario, tú también, con el poder de Dios, debes soportar sufrimientos por el evangelio.

Aquí Pablo llama a Timoteo su “querido hijo” y en otro lugar “mi amado y fiel hijo en el Señor” (1Co 4.17), presumiblemente porque él había sido el instrumento humano utilizado para su conversión. Sin duda, la razón por la cual podía describir a los corintios como “hijos míos amados” era porque “mediante el evangelio yo fui el padre que los engendró en Cristo Jesús” (1Co 4.14–15). Asumimos entonces que cuando Pablo visitó Listra en su primer viaje misionero y “siguieron anunciando las buenas nuevas” (Hch 14.6–7), Timoteo oyó y abrazó la buena noticia, de manera que, al volver Pablo a Listra unos años más tarde en su segundo viaje misionero, “se encontró con un discípulo llamado Timoteo” que ya había adelantado en la vida cristiana, de tal manera que “los hermanos en Listra y en Iconio hablaban bien de Timoteo” (Hch 16.1–2).

A su “querido” hijo Pablo envía ahora su saludo de “gracia... y paz” característico de sus cartas, agregando también “misericordia” en sus dos cartas a Timoteo. Podemos estar seguros de que su triple deseo no es una mera forma protocolar. Son palabras llenas de contenido teológico. Nos dicen mucho acerca de la triste posición del hombre en el pecado y del gran amor de Dios para con él a pesar de su condición. La gracia es la bondad de Dios para con quienes no la merecen, y su misericordia se muestra a los débiles e incapaces que nada pueden hacer por sí mismos. En las parábolas de Jesús vemos la misericordia del buen samaritano para con la víctima de los ladrones, así como del rey para con su siervo que estaba tan hundido en su deuda que no la podía pagar (Lc 10.37; Mt 18.33). Fue también la misericordia la que convirtió a Saulo de Tarso, el blasfemo y perseguidor. “Dios tuvo misericordia de mí”, le escribía a Timoteo en su primera carta (1Ti 1.13, 16). Por otra parte, la palabra “paz” nos habla de reconciliación, de la restauración de la armonía en vidas arruinadas por la discordia. Podríamos quizá sintetizar las tres bendiciones del amor de Dios como gracia para los indignos, misericordia para los incapaces y paz para los inquietos, mientras que “Dios el Padre y Cristo Jesús nuestro

Señor” constituyen la fuente de donde fluye esta triple corriente benéfica.

A continuación, encontramos una frase muy personal en la que el apóstol asegura a Timoteo que siempre se acuerda de él: “Al recordarte de día y de noche en mis oraciones” (3); “al acordarme de tus lágrimas” (4); “traigo a la memoria tu fe sincera” (5), y cada vez que me acuerdo de ti “doy gracias a Dios” (3).

Este último punto es de importancia. Indica en Pablo el reconocimiento de que era Dios quien había hecho de Timoteo lo que era. Timoteo no era un apóstol, como lo era Pablo. Aclaraba este punto cuando escribían cartas conjuntamente, como en el caso de Colosenses. “Pablo, apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios, y el hermano Timoteo [...]”. Timoteo era un hermano cristiano. También era un ministro cristiano, un misionero y un delegado apostólico. Dios había estado obrando en su vida para hacer todo esto. Ya sea en forma directa o indirecta, en este párrafo Pablo menciona cuatro influencias importantes que contribuyeron en el forjado y modelado de Timoteo.

a. Cómo fue criado

Pablo se refiere en este párrafo tanto a su propia ascendencia como a la de Timoteo, sus “antepasados” (3), y la madre y la abuela de Timoteo (5). Su mención es apropiada, pues cada persona es en gran medida el producto de su herencia. La mayor influencia formativa en cada uno de nosotros han sido nuestros padres y nuestro hogar. Por eso, las buenas biografías nunca comienzan con los biografiados, sino con sus padres y quizá también con sus abuelos. Es verdad que nadie puede heredar la fe de sus padres en la misma forma en que hereda facetas de su personalidad, pero un niño puede ser guiado a la fe por la enseñanza, el ejemplo y las oraciones de sus padres.

Timoteo había sido criado en un hogar piadoso. Lucas nos dice que era el hijo de un matrimonio mixto, en el sentido de que su padre era griego y su madre judía (Hch 16.1). Probablemente su padre era incrédulo, pero su madre Eunice era una creyente judía que había aceptado el cristianismo. Al parecer, su abuela Loida se había convertido anteriormente, pues Pablo escribe acerca de la “fe sincera” de las tres generaciones (5). Quizá la abuela, la madre, y el hijo debían su conversión a Pablo, cuando él llegó con el evangelio a

Listra. Aun antes de su conversión a Cristo, estas piadosas mujeres judías habían instruido a Timoteo en el Antiguo Testamento, de tal manera que “desde tu niñez” —le dice Pablo— “conoces las Sagradas Escrituras” (3.15). Calvino hizo el comentario de que Timoteo fue “criado en su infancia de tal forma que podía mamar la piedad junto con la leche de su madre”. Considere 1 Timoteo 4.6, donde Pablo dice que Timoteo fue “nutrido con las verdades de la fe”.

Pablo podía hablar de igual manera de sí mismo. Servía a Dios “con una conciencia limpia”, tal como sus antepasados lo habían hecho (3). Por supuesto que su fe se enriqueció, se amplió y profundizó cuando Dios le reveló a Cristo. Sin embargo, era en sustancia la misma fe de los creyentes del Antiguo Testamento, como Abraham y David, tal como lo argumenta en Romanos 4, pues era el mismo Dios en que todos habían creído. No sorprende, pues, que pudiera afirmar ante Félix el procurador: “adoro al Dios de nuestros antepasados” (Hch 24.14; ver 26.6). Debemos recordar esto al testificar a judíos hoy en día. Una conversión a Cristo no es de ninguna manera un acto de deslealtad a los padres, sino el cumplimiento de la fe y la esperanza de los antepasados.

Volviendo a Timoteo, la primera influencia fue su crianza y en particular una madre y una abuela que eran creyentes sinceras y que le habían enseñado las Escrituras desde su niñez. Hoy también, todo el que ha nacido y ha sido criado en un hogar cristiano ha recibido de Dios una bendición que excede todo precio.

b. Su amistad espiritual

Después de nuestros padres, los amigos son quienes más influencia tienen sobre nosotros, y especialmente si en alguna manera son también maestros. Timoteo tenía en Pablo un amigo y maestro sobresaliente.

Ya hemos visto que Pablo era el “padre” espiritual de Timoteo (Fil 2.20–22). Habiéndolo guiado a Cristo, no lo abandonó ni lo olvidó. Por el contrario, se acordaba de él constantemente, tal como lo dice en forma repetida en este pasaje. También lo había llevado consigo en sus viajes, enseñándole como a un aprendiz. Al despedirse la última vez, Timoteo no había podido contener sus lágrimas. Ahora, al acordarse de ellas, Pablo deseaba noche y día volver a verlo para “[llenarse] de alegría” (4) como quien, según H. Moule traduce

epipoton, “anhela el hogar distante”. Mientras eso no ocurría, oraba por él sin cesar (3) y, de tanto en tanto, le escribía cartas de estímulo y consejo como ésta.

Tal amistad cristiana (incluyendo el compañerismo, las cartas y las oraciones a través de las cuales se expresaba) no pudo dejar de tener un poderoso efecto en la formación de Timoteo, fortaleciéndolo y sosteniéndolo en su vida y en el servicio cristiano.

Doy gracias a Dios por el hombre que me guió a Cristo y por la extraordinaria devoción con que me nutrió en los primeros años de mi vida cristiana. Me escribió todas las semanas, si recuerdo bien, durante siete años. También oró por mí diariamente durante muchos años. Recién comienzo a comprender lo que le debo en el Señor a un amigo y pastor tan fiel.

c. Su don especial

Pablo se vuelve ahora uno de los medios indirectos que Dios utilizó para formar el carácter cristiano en Timoteo (su familia y amigos), para hablar de un don que Dios le había dado en forma directa. “Por eso te recomiendo que avives la llama del don de Dios que recibiste cuando te impuse las manos” (6). No podemos afirmar con certeza en qué consistía este don de la gracia de Dios, este carisma, por la sencilla razón de que no se nos dice. No tenemos libertad de ir más allá de las Escrituras. No obstante, podemos arriesgar alguna conjetura, siempre que reconozcamos que es sólo de naturaleza tentativa. Lo que parece claro, tanto en este pasaje como en una referencia similar que aparece en 1 Timoteo 4.14, es que el don fue recibido cuando Pablo y ciertos “ancianos” (probablemente de la iglesia en Listra) impusieron sus manos sobre él. En las dos cartas estos versículos mencionan la imposición de manos y parecen referirse a lo que nosotros podríamos llamar ordenación, comisión, o encomendamiento. Si nuestro análisis es correcto, podemos entonces asumir que se trataba de un don relacionado con su ministerio. Pablo puede estar refiriéndose al ministerio en sí, al cual por medio de la imposición de manos Timoteo había sido separado. Sin lugar a dudas los oficios de pastor y maestro, como los de apóstol y profeta, son dones designados por la gracia de Dios (Ef 4.7, 11). Es posible que Alford esté en lo cierto cuando dice que el “don espiritual es el de enseñar y gobernar la iglesia”. O quizá la referencia sea al don de

evangelista, al cual más adelante Pablo se ha de referir exhortando a Timoteo a que lo ejercite, y cumpla su ministerio. También, ya que el apóstol procede de inmediato a hablar de la clase de espíritu que Dios nos ha dado (7), podría estar aludiendo a la unción especial o dotación del Espíritu que Timoteo recibió al ser comisionado, a fin de equiparlo para el trabajo al cual había sido llamado. En mi opinión, considero que es más seguro describir el carisma de Timoteo con las palabras de Alfredo Plummer: “la autoridad y el poder para ser un ministro de Cristo”. Vale decir que incluía tanto el oficio como el equipamiento espiritual requerido para cumplirlo.

Aprendemos, pues, que cada persona no es solo lo que le debe a sus padres, amigos y maestros, sino lo que Dios mismo le ha hecho, al llamarlo a un ministerio particular y dotarlo de los recursos espirituales apropiados.

d. Su disciplina personal

En verdad, todos los dones de Dios, naturales o espirituales, necesitan ser desarrollados y utilizados. Las parábolas de nuestro Señor sobre los talentos ilustran claramente la responsabilidad en el servicio, la recompensa a la fidelidad y el peligro de la pereza. Por esto, Pablo le dice a Timoteo en su primera carta que no descuide su don (4.14), y en su segunda carta, que lo “avive” (6). El don se compara a un fuego. El verbo griego *anazopureo*, que no aparece en ningún otro lugar del Nuevo Testamento, no implica que Timoteo haya dejado que el fuego se apague y que ahora necesite avivar brasas para producir nuevamente las llamas. El prefijo *ana* puede significar tanto agitar como enardecer. Parece, entonces, que la exhortación de Pablo es para que continúe avivando o agitando el fuego interior; manteniéndolo vivo o, más aun, ardiente por medio del fiel ejercicio del don y esperando en Dios en oración para que sea constantemente renovado.

Habiendo hecho esta apelación, Pablo inmediatamente agrega sus razones: “Pues Dios no nos ha dado un espíritu de timidez, sino de poder, de amor y de dominio propio” (7). Ya hemos considerado los problemas de edad, salud, y temperamento con los cuales Timoteo debía luchar. Parece haber sido una persona tímida y sensible, para quien la responsabilidad era una carga onerosa. Quizá también era temeroso de los excesos espirituales y extravagancias, por lo que

Pablo se ve obligado no sólo a insistir en que continúe avivando su don, sino a asegurarle también que no debe ser tímido en su ejercicio.

¿Por qué no? Porque la timidez o la cobardía no tienen nada que ver con el cristianismo. O, como lo expresa Pablo, a causa del Espíritu que Dios nos ha dado. Observe que, si bien un don espiritual particular le fue dado a Timoteo, el don del Espíritu nos ha sido dado a todos los que estamos en Cristo. Y este Espíritu que Dios nos ha dado a todos no es un Espíritu de timidez, sino “de poder, de amor y de dominio propio”. Ya que es Espíritu de poder, podemos estar confiados en su capacitación a medida que ejercitamos nuestro ministerio. Dado que es Espíritu de amor debemos utilizar la autoridad y el poder del Señor para servir a otros, no para confirmarnos a nosotros mismos ni por vanagloria. Y ya que es Espíritu de dominio propio debemos utilizarlo con la correspondiente reverencia y discreción.

Hasta ahora hemos estudiado lo que los siete primeros versículos de la carta nos dicen acerca de estos dos hombres, Pablo y Timoteo, y de su formación. Pablo afirma ser apóstol de Jesucristo “por la voluntad de Dios”, como en otra ocasión había dicho que “por la gracia de Dios” era lo que era (1Co 15.10). Un conjunto de factores había hecho de Timoteo lo que él era: su crianza piadosa, la amistad de Pablo y su entrenamiento, el don que Dios le había dado, y su autodisciplina en avivarlo y ejercitarlo.

En principio, lo mismo ocurre con todo el pueblo de Dios. Quizá lo más sorprendente es la combinación, tanto en Pablo como en Timoteo, de la soberanía divina y de la responsabilidad humana, esos dos factores de revelación y experiencia que encontramos tan difíciles de reconciliar, e imposibles de sistematizar en una definición doctrinal ordenada.

Pablo podía escribir acerca de la voluntad de Dios y afirmar que la gracia de Dios había hecho de él lo que era, y que “la gracia que él me concedió no fue infructuosa. Al contrario, he trabajado con más tesón que todos ellos, aunque no yo sino la gracia de Dios que está conmigo” (1Co 15.10). Él agregó su trabajo a la gracia de Dios, aunque con toda certeza podemos decir que fue la gracia de Dios la que inspiró su labor.

Lo mismo ocurrió con Timoteo. Su madre y su abuela le enseñaron las Escrituras y lo guiaron hacia la conversión. Pablo lo llevó a Cristo, lo ganó como amigo, oró por él, le escribió cartas, lo entrenó y

aconsejó. Por su parte, Dios le dio un don especial con su comisión; sin embargo, Timoteo debía por sí mismo ejercitar o avivar el don espiritual que llevaba dentro. Él debía agregar su propia disciplina a los dones de Dios.

Nuestro caso no es diferente. No importa cuánto o cuán poco hayamos recibido de Dios, ya sea directamente porque nos otorgó dones naturales y espirituales o indirectamente por medio de nuestros padres, amigos, y maestros, igual debemos dedicarnos con una activa autodisciplina a cooperar, con la gracia de Dios, avivando el fuego interior hasta hacerlo arder. De lo contrario, nunca llegaremos a ser lo que Dios quiere que seamos, o a cumplir el ministerio que nos ha encomendado.

Pablo ahora se vuelve de los variados factores que habían contribuido en la formación de Timoteo a la verdad del evangelio y a su responsabilidad con respecto a éste. Antes de definir el evangelio, le ruega a Timoteo que no se avergüence de él (8). El sufrimiento, no la vergüenza, debe caracterizar el ministerio de Timoteo. Puede ser joven, débil y tímido. Quizá se retraiga de las responsabilidades a las cuales es llamado. Pero Dios lo ha dotado y moldeado para su ministerio, y por tanto no debe avergonzarse ni tener miedo de ejercerlo.

Para comenzar, esto significa que Timoteo no debía avergonzarse de Cristo o de “dar testimonio de nuestro Señor”. Cada creyente es testigo de Cristo, y el testimonio cristiano es esencialmente acerca de Jesús (ver Jn 15.26, 27; Hch 1.8). Así, pues, todo creyente debe estar preparado y dispuesto a ser considerado ignorante o insensato “por amor de Cristo” (ver 1Co 4.10); ¡pero no es necesario que pase por insensato por causa de ningún otro!

Además, si Timoteo no debía avergonzarse del Señor, tampoco debía avergonzarse de Pablo. Es posible estar orgullosos de Cristo pero a la vez tener vergüenza de nuestro pueblo y sentirnos incómodos por estar asociados con él. Al parecer, cuando Pablo fue arrestado por segunda vez y encadenado, casi todos sus antiguos colaboradores lo abandonaron o tuvieron que separarse de él (15). Ahora le ruega a Timoteo que no haga lo mismo. A los ojos de los hombres puede aparecer como el prisionero del emperador, pero en realidad es el prisionero del Señor, su cautivo voluntario, y aprisionado solamente con permiso de Cristo y por causa de él.

Timoteo tampoco debía avergonzarse, sino, por el contrario, aceptar su porción de sufrimiento por causa de su Señor. Débil como era, podía fortalecerse con el poder de Dios para soportarlo. Ya que el evangelio del Cristo crucificado —locura para algunos y tropezadero o tropiezo para otros (1Co 1.23)— siempre provoca oposición, debía estar preparado para sufrirla. Al oponerse al mensaje, la gente se opone también a sus mensajeros, quienes tendrán que “soportar sufrimientos por el evangelio” (8).

Éstas son hasta el día de hoy las tres áreas principales en las que los cristianos, como Timoteo, somos tentados a sentirnos avergonzados: del nombre de Cristo, al cual somos llamados a testificar; del pueblo de Cristo, al que pertenecemos si somos de él, o del evangelio de Cristo, el cual nos ha sido confiado para su difusión. La tentación es fuerte e insidiosa. Si Timoteo no la hubiera sentido, Pablo no lo habría exhortado de esta manera. Si Pablo mismo no la hubiera sentido, no hubiera sido necesario que, con tanta vehemencia, tiempo atrás, afirmara: “No me avergüenzo del evangelio, pues es poder de Dios para la salvación de todos los que creen” (Ro 1.16). Es más, si no fuera esta una tentación común a todos los seguidores de Cristo, nuestro Señor no hubiera expresado la solemne advertencia: “Si alguien se avergüenza de mí y de mis palabras en medio de esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles” (Mr 8.38). Todos somos mucho más sensibles a la opinión pública de lo que nos gusta admitir y, como los juncos doblegados por el viento, tendemos a inclinarnos con demasiada facilidad ante aquella presión.

A continuación, Pablo amplía sus conceptos sobre el evangelio del cual Timoteo no debe avergonzarse, y del que debe aceptar su porción de sufrimiento. Comienza por esbozar sus características principales (9–10) y luego resume nuestra responsabilidad con respecto a ellas (11–18). Éste es el doble tema del resto del capítulo: el evangelio de Dios y nuestra responsabilidad.

3. El evangelio de Dios | vv. 9–10

^{1.9-10} Pues Dios nos salvó y nos llamó a una vida santa, no por nuestras propias obras, sino por su propia determinación

y gracia. Nos concedió este favor en Cristo Jesús antes del comienzo del tiempo; y ahora lo ha revelado con la venida de nuestro Salvador Cristo Jesús, quien destruyó la muerte y sacó a la luz la vida incorruptible mediante el evangelio.

Es sorprendente ver cómo Pablo pasa repentinamente de una referencia al evangelio a la afirmación central “Dios nos salvó” (9). En realidad, es imposible hablar del evangelio sin hablar de la salvación. El evangelio es precisamente esto: buenas noticias de salvación, o buenas noticias de nuestro Salvador Jesucristo (10). Desde que las buenas nuevas de gran gozo fueron anunciadas por primera vez en términos del nacimiento de “un Salvador, que es Cristo el Señor” (Lc 2.10–11), los seguidores de Cristo siempre han reconocido su contenido esencial. Pablo mismo nunca vaciló. En Antioquía de Pisidia durante su primer viaje misionero se refirió al evangelio que anunciaba como el “mensaje de salvación” (Hch 13.26). En Filipos, en su segundo viaje misionero, él y sus compañeros fueron llamados “siervos del Dios Altísimo”, calificados como quienes “les anuncian a ustedes el camino de salvación” (Hch 16.17), y escribiendo a los efesios desde Roma, llamó a la palabra de verdad “el evangelio que les trajo la salvación” (Ef 1.13).

Aquí también, al escribir acerca del evangelio, vuelve a repetir la terminología que utilizó con frecuencia: que somos salvos en Cristo Jesús por el propósito, la gracia, y el llamado de Dios, y no conforme a nuestras obras. Está exponiendo en esta su última carta el mismo evangelio que expuso en su primera carta, Gálatas. Su evangelio no ha cambiado con el correr de los años. Hay un solo evangelio de salvación. Y si bien ambas palabras, “evangelio” y “salvación”, deben ser hoy traducidas en términos que tengan sentido para el hombre moderno, no tenemos derecho de alterar la sustancia de su mensaje. Al analizar más de cerca la concisa declaración del evangelio de Dios efectuada en estos versículos, notaremos que indica su carácter (lo que es), su fuente (de dónde viene), y su base (dónde descansa).

a. El carácter de la salvación

Es necesario reunir las tres cláusulas que aseveran que “nos salvó”, “nos llamó a una vida santa” y “sacó a luz la vida incorruptible mediante el evangelio” (“la vida y la inmortalidad”, RVR 6o). Estas expresiones

demuestran claramente que el evangelio es mucho más que un simple perdón. El Dios que “nos salvó”, también en forma simultánea nos “llamó a una vida santa”, vale decir, “nos llamó para ser santos”. El llamado cristiano es un llamamiento santo. Cuando Dios llama a un hombre o a una mujer, los llama también a la santidad. Pablo había puesto sumo énfasis en este aspecto en cartas anteriores: “Dios no nos llamó a la impureza sino a la santidad” (1Ts 4.7). Todos somos “llamados a ser su santo pueblo”, a vivir como el pueblo de Dios santo y separado (1Co 1.2). Pero si la santidad es parte integral del plan de salvación de Dios, también lo es la “inmortalidad”, de la cual escribe en el versículo siguiente (10, RVR 60). En verdad, “perdón”, “santidad” y “vida incorruptible” o inmortalidad son los tres aspectos de la gran “salvación de Dios”.

El término “salvación” necesita ser rescatado urgentemente de los pobres y mezquinos conceptos a los que ha sido degradado. “Salvación” es una palabra majestuosa que denota aquel vasto propósito de Dios por el cual justifica, santifica y glorifica a su pueblo; primero, perdonando sus ofensas y aceptándolo como justo a sus ojos por medio de Cristo, luego transformándolo progresivamente por su Espíritu en la imagen de su Hijo, hasta que finalmente lleguemos a ser como Cristo en el cielo, con nuevos cuerpos en un mundo nuevo. No debemos disminuir la grandeza de una “salvación tan grande” (Heb 2.3).

b. La fuente de salvación

¿De dónde proviene una salvación tan grande? Pablo responde: “no por nuestras propias obras, sino por su propia determinación y gracia. Nos concedió este favor en Cristo Jesús antes del comienzo del tiempo” (9). Si deseamos rastrear el río de salvación hasta su propio origen debemos mirar bien atrás, superando al tiempo y remon-tándonos a la eternidad pasada. Las palabras del apóstol son: “antes del comienzo del tiempo”, una expresión que puede ser traducida como “antes de que el mundo comenzara”, “antes de que el tiempo comenzara” y “desde toda la eternidad”.

Con el fin de dejar fuera de duda que la verdad de la predestinación y elección de Dios pertenecen a la eternidad y no al tiempo, Pablo utiliza un participio aoristo (pretérito de la conjugación griega que equivale aproximadamente al indefinido del castellano) para indicar que Dios nos dio algo (*doteisan*) desde toda la eternidad en Cristo.

Lo que nos dio, afirma Pablo, fue “su propia determinación y gracia”, una expresión compleja para transmitir, que sería algo así como “su propio propósito de gracia”. Su propósito salvador no era arbitrario sino de gracia. Por lo tanto, es claro y evidente que no son nuestras obras la fuente de nuestra salvación, pues Dios nos dio su propio propósito de gracia en Cristo *antes* de que hiciéramos buenas obras, antes de que naciéramos y pudiéramos hacerlas, más aun, antes de la historia y del tiempo, ¡en la eternidad!

Debemos confesar que la doctrina de la elección es difícil de entender con mentes finitas. Enfatiza que la salvación se debe solamente a la gracia de Dios y no a mérito alguno del ser humano; no a nuestras obras realizadas en el tiempo, sino al propósito de Dios concebido en la eternidad. “Ese propósito”, tal como lo expresó Ellicott, “que no fue sugerido por algo exterior, sino que surgió de la más recóndita profundidad de la divina *eudokia*”.

O bien, en las palabras de E. K. Simpson: “Las elecciones divinas tienen bases insondables, pero no están fundadas en la innata elegibilidad de los escogidos”. Así entendido, el propósito de Dios en la elección es forzosamente misterioso para nosotros, pues no podemos aspirar a un entendimiento de las decisiones y pensamientos secretos de la mente de Dios.

No obstante, debemos señalar que la doctrina de la elección nunca es introducida en las Escrituras para despertar o confundir nuestra curiosidad carnal, sino siempre con un propósito práctico. Por una parte, engendra profunda humildad y gratitud, pues excluye toda jactancia. Por otra, trae paz y seguridad, pues nada puede aquietar tan cabalmente los temores acerca de nuestra estabilidad como saber que nuestra seguridad depende, en última instancia, no de nosotros mismos sino del propósito de la gracia divina.

c. La base de la salvación

Nuestra salvación descansa firmemente sobre la obra histórica realizada por Cristo Jesús en su primera venida. Aunque Dios nos “concedió” su gracia en Cristo “antes del comienzo del tiempo”, la “ha revelado” en el tiempo, “ahora”, por la aparición de Cristo Jesús, nuestro Salvador. Ambas etapas divinas fueron en y por Cristo Jesús, pero la decisión de la entrega fue eterna y secreta, mientras que la manifestación fue histórica y pública.

¿Qué, pues, fue lo que hizo Cristo cuando apareció y procedió a manifestar el eterno propósito de gracia? Pablo da en el versículo 10 una doble respuesta. Primero, “destruyó la muerte”. Segundo, “sacó a la luz la vida incorruptible mediante el evangelio”.

En primer lugar, Cristo abolió la muerte. “Muerte” es en realidad la palabra que resume nuestro drama humano como resultado del pecado. La muerte es la “paga” del pecado, su horrible penalidad (Ro 6.23), y esto es verdad en cada una de las formas en que la muerte se manifiesta. Las Escrituras hablan de la muerte en tres aspectos. La muerte física, en la que se opera la separación de alma y cuerpo; la muerte espiritual, es decir, en la que el alma se separa de Dios, y la muerte eterna, en la que tanto el alma como el cuerpo se separan de Dios para siempre. Todas son consecuencias del pecado, son su terrible pero justa recompensa.

Sin embargo, Jesucristo “destruyó” la muerte. Esto no significa que la eliminó, tal como la experiencia diaria nos lo demuestra. Los pecadores aún siguen “muertos en sus transgresiones y pecados”, en los cuales andan (Ef 2.1–2) hasta que Dios los vivifica en Cristo. Todos los seres humanos mueren físicamente y continuarán muriendo, con excepción de la generación que todavía esté viva cuando Cristo regrese en gloria. Algunos han de padecer “la muerte segunda”, que es una de las terribles expresiones utilizadas en el libro de Apocalipsis para el infierno (Ap 20.14; 21.8). En efecto, Pablo había escrito anteriormente que la abolición final de la muerte es un hecho futuro, siendo el último enemigo que será destruido (1Co 15.26). Sólo cuando se produzca el regreso de Cristo y la resurrección de los muertos podremos gritar con gozo: “La muerte ha sido devorada por la victoria” (1Co 15.54; ver Ap 21.4).

Lo que se afirma victoriosamente en este versículo por medio de Pablo es que en su primera aparición Cristo “derrotó” en forma decisiva a la muerte. El verbo griego *katargeo* no es en sí concluyente, y puede ser utilizado con una variedad de significados que deben ser definidos por el contexto. No obstante, su primera y principal acepción es la de “hacer inefectivo, inoperante, fútil o nulo”. Así Pablo compara a la muerte con un escorpión cuyo aguijón ha sido quitado, o con un comandante militar cuyo ejército ha sido vencido; y puede gritar en tono desafiante: “¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?” (1Co 15.55). Cristo ha quebrado el poder de la muerte.

Es muy significativo que este mismo verbo *katargeo* se utiliza en el Nuevo Testamento con referencia al diablo y a nuestra naturaleza caída, además de la muerte (Heb 2.14; Ro 6.6). Ni el diablo, ni nuestra naturaleza caída, ni la muerte han sido aniquilados, pero por el poder de Cristo la tiranía de cada uno de ellos ha sido quebrada, de tal forma que si estamos en Cristo podemos ser liberados.

Consideremos en particular de qué manera Cristo “destruyó” o “abolió” (LBLA) la muerte. La muerte física ya no es un horrible ogro, como lo era para nosotros antes y como lo es aún para los que no han sido liberados por Cristo. “Por temor a la muerte” están “sometidos a esclavitud durante toda la vida” (Heb 2.15). Para el creyente, la muerte es sencillamente “dormir” en Cristo. En realidad, es una “ganancia” positiva, el portal para entrar a “estar” con Cristo, lo cual “es muchísimo mejor”. Es una de las posesiones que vienen a ser “nuestras” cuando somos de Cristo (1Ts 4.14, 15; Fil 1.21, 23; 1Co 3.22, 23). La muerte ha llegado a ser tan inocua que Jesús mismo llegó a declarar que el creyente, aunque esté muerto, “no morirá jamás” (Jn 11.25, 26). Además, es absolutamente cierto que la muerte jamás podrá apartarnos del amor de Dios en Cristo Jesús (Ro 8.38, 39). Para los cristianos, la muerte espiritual ha cedido su lugar a esa vida eterna que consiste en la comunión con Dios iniciada en la tierra y perfeccionada en el cielo. Asimismo, toda persona que pertenece a Cristo “no sufrirá daño alguno de la segunda muerte”, pues ya ha pasado de la muerte a la vida (Ap 2.11; Jn 5.24; 1Jn 3.14).

En segundo lugar, Cristo “sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio”. Esta es la contraparte positiva. Es por su muerte y resurrección que Cristo abolió la muerte, y es por el evangelio que ahora revela lo que ha hecho, ofreciendo a los hombres la vida y la inmortalidad que ha logrado para ellos. No está muy claro si debemos distinguir entre las palabras “vida” e “inmortalidad”. Tal vez sean sinónimos, en los que la segunda palabra es una definición de la primera. Vale decir que la clase de vida que Cristo nos aseguró, y ahora da a conocer y ofrece por el evangelio, es vida eterna, una vida que es inmortal e incorruptible. Solo Dios posee inmortalidad en sí mismo, pero Cristo la da a los seres humanos. Después de la resurrección nuestro cuerpo compartirá esta inmortalidad (1Co 15.42, 52–54). Lo mismo podemos decir de la herencia que recibiremos (1P 1.4). Por otra parte, como escribe C. K. Barrett:

“Posiblemente ‘vida’ se refiere a la vida nueva que nos es dada en este mundo, ‘inmortalidad’ a su prolongación después de la muerte”. De cualquier manera, ambas son “reveladas” o “sacadas a la luz” por el evangelio. Hay muchas referencias en el Antiguo Testamento acerca de una vida después de la muerte y algunos rayos brillantes de fe, pero en general la revelación del Antiguo Testamento fue lo que el obispo Moule llamó un “crepúsculo comparativo”. Ahora, el evangelio arroja torrentes de luz sobre el ofrecimiento de vida inmortal por medio de la conquista de la muerte concretada por Cristo.

Para apreciar toda la fuerza de esta afirmación cristiana debemos meditar en la persona que la efectúa. ¿Quién es este que escribe con tanta confianza acerca de la vida y la muerte, acerca de la abolición de la muerte y la revelación de la vida? Es uno que enfrenta para sí la posibilidad inminente de la muerte. En cualquier momento espera recibir la sentencia final. Ya resuenan en sus oídos las últimas notificaciones. Puede ver en su imaginación el resplandor de la espada de su ejecutor. Pero aun en la misma presencia de la muerte es capaz de gritar en voz alta: “Cristo Jesús... destruyó la muerte”. ¡Ésta es fe cristiana triunfante!

¡Cuánto anhelamos que la iglesia contemporánea recupere esa seguridad perdida acerca de la victoria de Cristo Jesús, y declare esta buena nueva a un mundo para el cual la muerte es el gran tema que todos evitan mencionar! La revista *The Observer* dedicó hace algunos años un número completo a la muerte, y comentaba: “Lejos de estar preparada para la muerte, la sociedad moderna ha hecho que la misma palabra sea casi prohibida... Hemos utilizado todos nuestros talentos para evitar la perspectiva de morir, y cuando llega el momento es posible que reaccionemos ya sea con excesiva trivialidad o con desesperación total”.

Una de las pruebas más exigentes que podemos aplicar a cualquier religión es analizar su actitud hacia la muerte. Medido con esta vara, gran parte del así llamado cristianismo, con sus negras vestimentas de luto, sus endechas y misas para el reposo de los muertos, se muestra defectuoso.

Es claro que morir puede ser muy desagradable, y la separación puede traer amarga tristeza. Pero la muerte ha sido vencida, y “Dichosos los que [...] mueren en el Señor” (Ap 14.13). La lápida

adecuada para un creyente verdadero no es una vaga petición como Q. E. P. D. (“Que en paz descanse”), sino la afirmación cierta y gozosa: ¡Cristo abolió la muerte!

Tal es la salvación que se nos ofrece en el evangelio y que es nuestra en Jesucristo. Consiste en una nueva creación y nuestra transformación en la santidad de Cristo desde ahora y en el más allá. Su fuente es el eterno propósito de la gracia de Dios. Su base es la aparición histórica de Cristo y su abolición de la muerte.

Juntando estas grandes verdades, podemos detectar cinco etapas por las cuales el propósito salvador de Dios se desarrolla: la primera es el eterno don de su gracia en Cristo; la segunda es la aparición histórica de Cristo para abolir la muerte por medio de su muerte y resurrección; la tercera es el llamado personal de Dios a los pecadores por medio de la predicación del evangelio; la cuarta es la santificación moral de los creyentes por el Espíritu Santo, y la quinta es la perfección celestial final cuando el llamamiento santo sea consumado.

El alcance del propósito de la gracia de Dios es realmente majestuoso, y es trazado por Pablo desde la eternidad pasada a través de un desarrollo histórico en Cristo Jesús y en los cristianos, y proyectándose a un destino final con Cristo y como Cristo, en una inmortalidad futura. ¿No es verdaderamente maravilloso que, aunque el cuerpo de Pablo estaba confinado a los estrechos límites de una celda subterránea, su mente y corazón pudieran remontarse hasta la eternidad?

4. Nuestro deber en relación con el evangelio de Dios | vv. 11–18

^{1.11-18} De este evangelio he sido yo designado heraldo, apóstol y maestro. Por ese motivo padezco estos sufrimientos. Pero no me avergüenzo, porque sé en quién he creído, y estoy seguro de que tiene poder para guardar hasta aquel día lo que le he confiado. Con fe y amor en Cristo Jesús, sigue el ejemplo de la sana doctrina que de mí aprendiste. Con el poder del Espíritu Santo que vive en nosotros, cuida la preciosa enseñanza que se te ha confiado. Ya sabes que todos los de la provincia de Asia me han abandonado,

incluso Figelo y Hermógenes. Que el Señor le conceda misericordia a la familia de Onesíforo, porque muchas veces me dio ánimo y no se avergonzó de mis cadenas. Al contrario, cuando estuvo en Roma me buscó sin descanso hasta encontrarme. Que el Señor le conceda hallar misericordia divina en aquel día. Tú conoces muy bien los muchos servicios que me prestó en Éfeso.

Si le preguntáramos a Pablo cuál es el primer deber del ser humano con respecto al evangelio, nos diría que es recibirlo y vivir conforme a él. Pero su preocupación central aquí no es con el deber del incrédulo sino del creyente una vez que ha abrazado el evangelio. Pablo da tres respuestas a la pregunta sobre nuestro deber hacia el evangelio.

a. Nuestro deber de comunicar el evangelio | v. 11

Si “la vida incorruptible” que Cristo logró son sacadas “a la luz... mediante el evangelio”, es claro que nuestro imperativo debe ser proclamarlo. Así Pablo continúa diciendo que fue “designado heraldo, apóstol y maestro” de él. La misma combinación de palabras aparece en 1 Timoteo 2.7, y en ambos casos Pablo utiliza el enfático *ego*, sin duda para expresar su sentido de asombro personal de que se le hubiera dado este privilegio.

Quizá podemos relacionar los tres oficios de “apóstol”, “heraldo”, y “maestro” diciendo que los apóstoles formulan el evangelio, los predicadores lo proclaman como heraldos, y los maestros instruyen a las personas en forma sistemática en su doctrina e implicancias éticas.

Es mi convicción que hoy no hay apóstoles de Cristo. Ya hemos visto el uso y la aplicación restringida de esta palabra en el Nuevo Testamento. El evangelio fue formulado por los apóstoles y ahora ha sido legado a la iglesia. Se encuentra en su forma definitiva en el Nuevo Testamento. Esta fe apostólica del Nuevo Testamento es rectora de la iglesia en todo tiempo y lugar. La iglesia está edificada “sobre el fundamento de los apóstoles y profetas” (Ef 2.20). No hay otro evangelio y no puede haber un nuevo evangelio.

Si bien no existen hoy apóstoles de Cristo, ciertamente hay predicadores y maestros, hombres y mujeres llamados por Dios para dedicarse a la obra de predicar y enseñar. Nótese que son llamados a predicar y enseñar el evangelio. En ciertos círculos teológicos

está de moda distinguir en forma tajante entre *kerigma* (lo que fue predicado) y *didaqué* (lo que fue enseñado). *Kerigma* es esencialmente las buenas nuevas de Cristo crucificado y resucitado, con el llamado al arrepentimiento y la fe, y *didaqué*, mayormente, la instrucción ética a los convertidos. La distinción es útil, pero puede ser exagerada. Debemos recordar cómo se entrelazaban. Había mucha *didaqué* en el *kerigma* y mucho *kerigma* en la *didaqué*, estando ambos relacionados con el evangelio, pues el *kerigma* era la proclamación de su esencia, mientras la *didaqué* incluía las grandes doctrinas que lo fundamentan, además del comportamiento moral que de él surge.

La referencia al “testimonio” en el versículo 8, que ya hemos considerado, agrega una cuarta palabra a la enumeración. Nos recuerda que, si bien ya no hay apóstoles, y que solo algunos son llamados a predicar y a enseñar, todo creyente cristiano debe ser un testigo y testificar de Cristo Jesús con su propia experiencia personal.

b. Nuestro deber de sufrir por el evangelio | v. 12a

Pablo ya ha aconsejado a Timoteo que no debe avergonzarse, sino asumir su parte de sufrimiento por el evangelio (8), y ampliará más el tema en el segundo capítulo de la carta. Ahora le recalca que no le está pidiendo algo que él mismo no esté dispuesto a hacer. “Por ese motivo padezco estos sufrimientos. Pero no me avergüenzo...” ¿Cuál es la razón para esta relación entre el sufrimiento y el evangelio? ¿Qué tiene el evangelio que los hombres odian y rechazan, y en razón de lo cual quienes lo predicán deben sufrir?

Precisamente esto: Dios salva a los pecadores en virtud de su propósito y gracia, y no con base en las buenas obras de ellos (9). Es la inmerecida gratuidad del evangelio la que ofende. El hombre “natural”, no regenerado, odia tener que admitir la gravedad de su pecado y culpabilidad, su absoluta incapacidad para salvarse a sí mismo, la necesidad indispensable de la gracia de Dios y la muerte expiatoria de Cristo para salvarle y, en consecuencia, su inevitable deuda para con la cruz. Esto es lo que Pablo llamaba “el tropiezo de la cruz” (Gá 5.11, RVR 60). Muchos predicadores claudican ante la tentación de silenciarlo. Predican acerca del ser humano y sus méritos en lugar de predicar sobre la obra de Cristo y su cruz, y sustituyen el uno por el otro solamente para “evitar ser perseguidos por causa de la cruz

de Cristo” (Gá 6.12; ver 5.11). Nadie puede predicar con fidelidad a Cristo crucificado y escapar a la oposición o a la persecución.

c. El deber de defender el evangelio | vv. 12b–18

Dejando a un lado por un momento la segunda parte del versículo 12, vayamos a la doble exhortación de Pablo en los dos versículos siguientes: “sigue el ejemplo de la sana doctrina que de mí aprendiste” (13) “cuida la preciosa enseñanza” (14) (DHH: “Cuida la buena doctrina que se te ha encomendado”). Pablo describe aquí al evangelio, la fe apostólica, con dos expresiones: la sana doctrina (13) y la preciosa enseñanza (14).

“Sana doctrina” o “sanas palabras” (RVR 60) son palabras “saludables”. En el griego esta expresión se utiliza en los Evangelios al hablar de las personas a las que Jesús sanó. Antes habían estado enfermas o atrofiadas, ahora estaban bien, o “sanas”. Así la fe cristiana viene a ser “sana doctrina” que consiste en “sanas palabras”, porque no está enferma ni atrofiada, sino entera. En otra oportunidad, Pablo habla del tema en términos de “todo el propósito de Dios” (Hch 20.27). Estas “sanas palabras” (RVR 60) o “sana enseñanza” (DHH) fueron dadas a Timoteo como una “forma” (RVR 60), como un “modelo” (DHH) o “ejemplo” (13). La palabra griega es *hypotyposis* y puede ser traducida como “bosquejo”. El doctor Guthrie dice que significa un esbozo de los contornos que hace un arquitecto antes de entrar en los planes detallados de un edificio. En este caso implicaría que Pablo está indicando que Timoteo debe ampliar, exponer y aplicar la enseñanza del apóstol. El contexto, especialmente al compararlo con el versículo siguiente, parece indicar que esta es una explicación poco probable. El otro lugar donde aparece *hypotyposis* en el Nuevo Testamento es en la primera carta a Timoteo, donde Pablo se describe como el objeto de la maravillosa misericordia y perfecta paciencia de Cristo, como “ejemplo de los que habían de creer en él” (1.16, DHH). Arndt y Gingrich, quienes proponen “modelo” o “ejemplo”, sugieren que se utiliza en 1 Timoteo 1.16 en el sentido de prototipo y en 2 Timoteo 1.13 más bien en el sentido de estándar o norma. En este caso, Pablo le está encargando a Timoteo que guarde delante de sí como estándar de enseñanza o como “modelo de la sana enseñanza” lo que había oído del apóstol. Esta interpretación ciertamente está en consonancia con la enseñanza general de la carta.

La enseñanza de Pablo debía ser la guía y norma para Timoteo. No debía apartarse de ella, sino seguirla o, más aun, sostenerla firmemente (*eche*): “Aférrate” (NTV). Además, debía hacerlo “con fe y amor en Cristo Jesús”. Aquí observamos que Pablo no sólo está preocupado por lo que Timoteo debe hacer, sino también acerca de cómo debe hacerlo. Al aferrarse a las enseñanzas de Pablo, Timoteo debía ejercitar sus convicciones doctrinales personales, y al instruir a otros debía hacerlo con fe y amor. Debía buscar estas cualidades en Cristo, una fe sincera y un amor tierno.

La fe apostólica no es solamente un “modelo de la sana enseñanza” (DHH, NTV), sino que es también un “ejemplo de la sana doctrina” (*he kale parateke*). Distintas versiones lo traducen con el sentido de “la cosa buena que te ha sido encomendada”, “la verdad que te ha sido confiada” o “el tesoro que se ha puesto a tu cargo”. El evangelio es un tesoro bueno, noble y precioso, depositado en la iglesia para su custodia. Cristo lo había confiado a Pablo, y él a su vez lo confía a Timoteo.

Timoteo debía “cuidar” o “guardar” (RVR 60) ese tesoro. Pablo le había hecho precisamente el mismo encargo en su primera carta (6.20), excepto que ahora lo describe como la “preciosa” enseñanza o “buena” doctrina, literalmente “hermoso” depósito. El verbo *fyllasso* significa: “guardar algo de manera que no se pierda ni se dañe”. Se utiliza cuando se habla de un palacio que debe ser protegido de los invasores, o de posesiones guardadas de los ladrones (Lc 11.21; Hch 22.20). En aquel tiempo había herejías decididas a corromper el evangelio y así robar a la iglesia el tesoro que le había sido encomendado. Timoteo debía estar alerta y vigilante.

Las cosas que habían ocurrido en Éfeso, capital de la provincia romana de Asia donde Timoteo estaba, exigían que el evangelio fuera guardado con más tenacidad (15). El tiempo aoristo del verbo “abandonaron” parece indicar que se refería a un evento en particular. La alusión más probable es al segundo arresto del apóstol. Las iglesias de Asia en las que había trabajado intensamente por varios años dependían mucho de Pablo. Quizá su arresto las hizo pensar que la causa del cristianismo había llegado a su fin, y reaccionaron manifestando desconocimiento o repudio hacia él. Nada sabemos acerca de Figelo y Hermógenes, pero su mención parece indicar que eran los cabecillas. De cualquier manera, Pablo veía en la actitud de

las iglesias en Asia algo más que una deserción. Veía allí un rechazo a su autoridad apostólica. Debió haber sido particularmente trágico, pues algunos años antes, durante su residencia por dos años y medio en Éfeso, Lucas observó que todos los “que vivían en Asia [...] llegaron a escuchar la palabra del Señor” y muchos creyeron (Hch 19.10). Ahora, “todos los que estaban en Asia” lo habían abandonado. El gran avivamiento había sido seguido por una gran deserción. Según Moule “a los ojos de todos, excepto de quienes tienen visión espiritual, parecía que el evangelio estaba a punto de extinguirse”.

La única excepción honrosa parece haber sido un hombre llamado Onesíforo, quien a menudo había albergado a Pablo en su casa (literalmente “refrescado”, verso 16), y le había ayudado en otras muchas cosas que no se especifican (18). Había hecho honor al significado de su nombre: “quien trae provecho”. Además, no se había avergonzado de las cadenas de Pablo, lo cual sugiere que no lo había abandonado en el momento de ser apresado, sino que lo siguió hasta Roma, y ahí lo buscó solícitamente hasta que lo halló en su celda. Pablo tenía buenas razones para estar agradecido por este fiel y valiente amigo. No sorprende, pues, que en dos oportunidades expresa una oración (16 y 18), primero por su casa (“Que el Señor le conceda misericordia a la familia de Onesíforo”) y después por Onesíforo en particular (“Que el Señor le conceda hallar misericordia divina en aquel día”).

Varios comentaristas, especialmente católicos romanos, han sostenido, con base en las referencias a la casa de Onesíforo (mencionado nuevamente en 4.19) y a “aquel día”, que Onesíforo ya había muerto, y que en consecuencia en el verso 18 tenemos una intercesión por un muerto. En realidad, esto no es más que una conjetura. El hecho de que Pablo distinga entre Onesíforo y su casa podía bien significar que estaba separado de la familia por distancia y no por muerte, estando Onesíforo en Roma, mientras su familia quedaba en Éfeso. H. Moule interpreta que “ora por ellos separadamente, el hombre y su familia, pues estaban separados por tierra y mar [...] no hay razón alguna para suponer que Onesíforo había fallecido. Una separación de su familia a causa de un viaje satisface el lenguaje del pasaje”.

De cualquier manera, todos en Asia, como bien lo sabía Timoteo, habían abandonado al apóstol, con la excepción del leal Onesíforo y

su familia. Era en tales circunstancias de apostasía casi universal que Timoteo debía cuidar “la preciosa enseñanza”, retener firmemente el estándar de palabras sanas, vale decir, preservar el evangelio en una condición pura e incontaminada. Una pesada responsabilidad para cualquier hombre, ¡cuánto más para Timoteo con su temperamento tímido! ¿Cómo podría permanecer firme?

El apóstol le da a Timoteo la seguridad que requiere. No puede pretender guardar el tesoro del evangelio por su propia cuenta; sólo podrá hacerlo con “el poder del Espíritu Santo que vive en nosotros” (14a). La misma verdad se enseña en la segunda parte del versículo 12, que hasta ahora no hemos considerado. La mayoría de los creyentes están familiarizados con la traducción de la revisión *Reina-Valera* de 1960: “... porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (v. 12). Esta interpretación es correcta, corroborada por otros muchos pasajes, y traducida con precisión lingüística. Pero el contexto sugiere que la traducción probablemente sea otra. Las palabras clave son “guardar mi depósito” (*ten parateken mou*). Tanto el verbo “guardar” como el sustantivo “depósito” son idénticos en los versos 12, 14, y en 1 Timoteo 6.20. Sugerimos entonces que “mi depósito” no es lo que yo le he encomendado a Jesucristo (mi alma, mi vida misma, como en 1P 4.19), sino lo que él me ha encomendado a mí (el evangelio). La versión *Dios Habla Hoy* dice: “... él tiene poder para guardar [...] lo que me ha encomendado”, y es también la traducción alternativa que ofrece la *Nueva Versión Internacional* en nota al pie: que Dios tiene poder para guardar “lo que me ha confiado” (12).

El sentido, entonces, sería este. Pablo dijo: el depósito es “mío”, porque Cristo se lo había encomendado. Por otro lado, Pablo aún está persuadido de que Cristo mismo lo guardará hasta “aquel día” en que tendrá que dar cuenta de su mayordomía. ¿Cuál era la base para su confianza? Sencillamente “sé en quién he creído”. Pablo conocía a Cristo, en quién había puesto su confianza, y estaba convencido de su habilidad para mantener seguro el depósito. Me lo ha confiado, es verdad, pero él mismo lo cuidará. Ahora Pablo se lo confía a Timoteo, y él también puede tener la misma seguridad.

Hay aquí una palabra de gran estímulo. En última instancia, Dios mismo es el garante del evangelio. Preservarlo es su responsabilidad.

“El trabajo de predicar el evangelio sería imposible de realizar si no fuera sobre esta base”, bien señala C. K. Barrett. Podremos ver que la fe evangélica, la fe del evangelio, es contradicha por todas partes, y el mensaje apostólico del Nuevo Testamento es ridiculizado. Puede ser que tengamos que observar una creciente apostasía en la iglesia, al tiempo que nuestra generación abandona la fe de sus padres. ¡Pero no temamos! Dios nunca permitirá que la luz del evangelio se extinga por completo. Es verdad que nos la ha encomendado a nosotros, criaturas frágiles y falibles. Ha colocado su tesoro en vasijas de barro quebradizas y nosotros debemos jugar nuestra parte en guardar y defender la verdad. No obstante, al confiar el depósito en nuestras manos, no ha retraído las suyas. Él mismo es el guardián final, y preservará la verdad que ha encomendado a la iglesia. Conocemos esto porque sabemos en quién hemos venido a confiar y en quién continuaremos haciéndolo.

Hemos visto que el evangelio consiste en buenas noticias de salvación, prometidas desde la eternidad, aseguradas por Cristo en el tiempo, y ofrecidas a quienes lo reciben con fe. Nuestro primer deber es comunicarlo, utilizando formas tradicionales y buscando nuevos medios de hacerlo conocer por todo el mundo.

Si así lo hacemos, sin duda hemos de sufrir, pues el evangelio auténtico jamás fue popular. Humilla demasiado al pecador. Y cuando nos enfrentamos con la necesidad de sufrir por el evangelio, somos tentados a recortarlo, a eliminar aquellos elementos que producen ofensa y causan oposición, y acallar aquellas notas que irritan los oídos sensibles de la era moderna.

Debemos resistir esta tentación. Por sobre todas las cosas somos llamados a guardar el evangelio, manteniéndolo puro a todo costo y preservándolo contra toda corrupción. Guardarlo fielmente. Proclamarlo activamente. Sufrir por él valientemente. Este es nuestro triple cometido con respecto al evangelio de Dios tal como es expuesto en este capítulo.

La época en que vivimos es una de confusión teológica y moral, incluso de apostasía. El apóstol Pablo, como interpreta el autor, nos llama, como llamó a Timoteo, a ser fuertes, valientes y firmes en la responsabilidad de guardar el evangelio y comunicarlo a otros.

El libro trata de un mensaje de indudable actualidad especialmente para los jóvenes líderes cristianos que, como Timoteo, son tentados a conformarse al espíritu de la época.



John Stott ha sido uno de los predicadores y líderes cristianos de mayor prestigio. Fue pastor y autor de más de 40 libros traducidos a más de 60 idiomas. Con sabiduría y autoridad, comparte las enseñanzas bíblicas de una forma profunda, pero a la vez práctica y directa. Sus escritos son joyas en cualquier biblioteca, y obligatorios para quien desee acercarse al texto bíblico de manera fiel y seria.


**CERTEZA
UNIDA**

ANDAMIO



Certeza
Argentina

Comentarios
Nuevo Testamento

ISBN 978-612-4252-76-1



9 786124 252761